



PALABRAS DE ADHESIÓN A DON ISIDRO FABELA

Por VICENTE SAENZ,

(escritor y periodista costarricense)

En homenaje a un ilustre varón de nuestra América, el licenciado don Isidro Fabela, bien poco valen mis palabras, cuando la más conspicua intelectualidad mexicana le rinde tributo en el cincuentenario de su graduación profesional.

Me agrego, sin embargo, a esta gran fiesta del espíritu, en donde las viandas son el pensamiento impreso y el afecto que sus innumerables amigos le guardan a don Isidro, porque a ella se nos invita a varios escritores de diversas patrias hispanoamericanas.

Vale decir, se nos franquea en México la entrada a lo más puro y auténtico de nuestra gran patria continental: la de Bolívar, Morazán, Juárez, Martí, unidos todos sin diferencias regionales, estrechamente cohesionados por un mismo sentimiento de admiración y de respeto a una recia figura, que ha sido adalid y paradigma del hispanoamericanismo.

No se festeja, por supuesto, al abogado que hace medio siglo obtuvo su título universitario, solamente por el título. Abogados los hay muchos, y no de fiar.

Los hay que retuercen constituciones y otras leyes fundamentales, para darle viso legal a lo inconstitucional.

Los hay, con el Código en la mano, al servicio de algún sanguinario dictador y sus secuaces.

Los hay, dejados de cualquier escrúpulo, defendiendo sin tasa ni medida los atropellos y los fraudes de algún consorcio extranjero, que paga tanto más de honorarios cuanto mayor sea la succión a la patria infortunada en que nacieron.

Los hay, y catedráticos también con el birrete puesto, muy esclarecidos alfabetos de la letra escrita; pero ciegos, pero sordos, pero analfabetos morales, incapaces de leer y descifrar lo que ocu-

re en lo hondo de la conciencia humana, angustiada, herida, atormentada por hechos y por hombres a quienes el intelectual, el orientador, el privilegiado de la inteligencia, está en la obligación de señalar y condenar.

Todo lo cual quiere decir que en don Isidro Fabela no se agasaja el cincuentenario de su abogacía, sino lo permanente, lo sustantivo de su personalidad.

En otras palabras, se festeja al jurisconsulto por antonomasia, que armado de la ley aboga por el oprimido; al internacionalista que con el Derecho de Gentes como bandera, proclama su verdad sin titubeos; al juez incorruptible en la Corte Internacional de La Haya; al estadista de visión certera.

Y al funcionario ejemplar que desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante el régimen de don Venustiano Carranza; o en la Sociedad de las Naciones de Ginebra, bajo la administración del general Lázaro Cárdenas, supo enfrentarse dignamente a los poderosos de la tierra; condenar toda clase de agresiones; clamar por el respeto a Tratados solemnemente suscritos; salir en defensa de pueblos materialmente débiles, que sólo cuentan con la justicia y el derecho para oponerse al afán de dominio de las grandes potencias.

Sin embargo, eso no es todo: se le rinde homenaje, por añadidura, al escritor que desde su juventud, sin torcer jamás su línea, sin fugarse nunca de sí mismo para no comprometerse, supo cumplir su alta misión con nobleza y probidad realmente extraordinarias, en época de tantas cobardías, oportunismo y temores como los que tienen desquiciado al mundo.

Aquí estoy con *La Tristeza del Amo*, segunda edición, que prologó en Madrid Francisco Villaespesa en agosto de 1915, y que se imprimió en aquella villa y capital del reino en 1916. Pero advierte el licenciado Fabela, como excusándose de dar a la stampa sus primeros escauceos literarios: "Esta obra de mi primera juventud fue escrita entre los años 1905-1910". La cito por el tiempo transcurrido desde entonces. ¡Más de medio siglo!

Del mismo año 16 y editado en la misma capital española es *Arengas Revolucionarias*, en cuyas páginas exalta don Isidro las figuras de Morelos, Aquiles Serdán, Carranza, y da comienzo su tesonera labor antimperialista, al definir cómo ocuparon y cómo desocuparon los norteamericanos, en 1914, el puerto de Veracruz.

¿Después? *Los Estados Unidos contra la Libertad*, para mí obra-guía, libro de consulta desde hace muchos años, con estudios documentados de historia diplomática americana, en los que el autor se refiere a Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y demás países de nuestra hermandad hispanoamericana, subyugados por la diplomacia del dólar y por el “big stick” o gran garrote del binomio Washington-Wall Street.

Y no obstante sus intereses personales, su posición política, su brillante carrera diplomática, seguirá pensando, seguirá escribiendo, seguirá reclamando justicia para Hispanoamérica, al revés de lo que suelen hacer en nuestro medio los que en busca de poder y de riqueza le toman el pulso al Tío Samuel.

Lo tendremos entonces dirigiendo revistas como “Mundo Libre”; colaborando en diversos periódicos; dando nuevos ensayos a la publicidad, recopilando sus trabajos hasta completar varios volúmenes, siempre en apoyo encendido de nuestros agraviados pueblos hispanoamericanos, de la democracia republicana española, de toda causa noble y generosa, sin preocuparse de los ataques que le puedan endilgar los fanáticos de la bomba atómica o de otros argumentos totalitarios, bien que pertenezcan al bando rojo, bien que se cobijen bajo el manto protector del “Canciller Imperial” John Foster Dulles.

Y así, laborando incesantemente, tenemos aumentada su producción con *Neutralidad, Los Precursores de la Diplomacia Mexicana, Por un Mundo Libre, Cartas al Presidente Cárdenas, Las Doctrinas Monroe y Drago, La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México* (en “Cuadernos Americanos” y sobretiro posterior, mayo de 1954), hasta llegar a este año de gracia y jubileo profesional de 1958, con *Paladines de la Libertad, Historia Diplomática de la Revolución Mexicana* y el último libro, recientemente aparecido *Buena y Mala Vecindad*.

No creo necesario agregar nada más, pues los aplausos y las alabanzas no dan muchas veces la exacta dimensión de un hombre excepcional. Su obra —lo permanente, lo substantivo, como dije antes— es lo que cuenta. Y la obra de don Isidro Fabela está a la vista de sus contemporáneos, como sabrán también apreciarla y hacer válida su prédica los hijos y los nietos de los que ya vamos pasando.